

Palabras difíciles o la dificultad de las palabras

“Se me ha ido lo que quería decir”, “la tengo en la punta de la lengua y no me sale” ..., son algunas de las expresiones muy comunes en nuestras conversaciones un día y otro también: nos comunicamos con iguales o con diferentes, en el ámbito familiar, en el lugar de trabajo, en momentos de ocio, pero siempre queremos, sin duda, consciente o inconscientemente llegar a ser precisos, claros y correctos.

Anhelamos ser comprensibles (y por supuesto, comprensivos).

Por eso, resulta adecuado y pertinente hallar el término que mejor se ajuste al contenido de lo que queremos plasmar; en la mayoría de los casos, la palabra suele acudir con facilidad y en otros, se resiste: el cerebro martillea como si fuera un runrún el vocablo que teníamos pensado, casi lo hemos visualizado en la pantalla mental y no hay manera de verbalizarlo, se ha volatilizado y cuesta traerlo de nuevo a nuestra presencia.

Y nos preguntamos: ¿se trata, por tanto, de palabras difíciles? o ¿nos enfrentamos a la dificultad de las palabras?

No es cuestión baladí analizar estas inquietudes a la hora de interactuar con los demás.

Con respecto a lo que acabamos de mencionar, la complejidad terminológica, cabe reseñar que sí existe la dificultad fónica y la gráfica, es decir, nos cuesta no solo pronunciar: “laringotraqueitis”, por ejemplo, en la que la lengua se enreda y se traba una y otra vez, sino también escribirla sin errores.

En la actualidad, cotiza al alza un discurso bien elaborado, coherente y cohesionado, y para ello, no hay más cera que la que arde, o sea, practicar el contenido, construido de forma adecuada, así como la elocución: repetir sin descanso aquellos vocablos necesarios para transmitir el mensaje que deseamos enviar con una intención solvente y que además convezna, aunque resulte al principio costoso en cuanto a esfuerzo, preparación y tiempo, me refiero.

Además, podríamos plantearnos la posibilidad de usar expresiones más sencillas, acomodadas al contexto y a los receptores, para evitar confusiones y no caer en la distorsión con el fin de que no se produzca la oscuridad semántica: ¿qué aporta esta ristra verborreica: “paralelepípedo, idiosincrasia, espasticidad, conflictuar, depauperar, gagnápiro o melifluo”? Cuando menos, cara de besugo; y seguro, que no se hace esperar

la sospecha de quien nos habla, la reticencia de que me quieren dar gato por liebre; en nuestros actos comunicativos conviene detectar la intención del emisor: si viene de frente, a cara descubierta, o con rodeos, si nos invade el sirope halagador o la sinceridad cruda y dura.

El idioma está para facilitar -así lo hemos manifestado en más de una de nuestras participaciones en la *newsletter* mensual- las relaciones sociales y no convertirlas en un arcano esotérico -valga el énfasis- que poco tiene de humano y mucho de perverso.

Si hacemos de la lengua un trampantojo, nos mostramos como personas poco fiables, si “acom-plejamos” a base de “com-plejidades” seremos pronto abandonados al albur de una existencia vacía y sin sentido. Nadie va a reparar en aquella persona que tuerce el lenguaje con objetivos aviesos, que se pierde, a propósito, por vericuetos inextricables que no conducen a nada, bueno sí, al caos, a la torre de babel sin remisión.

La palabra sencilla y entrañable va directa al corazón. El término claro habla de lo cordial.

Hablar sin ambages, entablar la comunicación desde el afecto, con rigor y naturalidad.

En muchas ocasiones, hemos oído por parte de muchos foros, y los medios de comunicación se hacen eco de ello, no sin razón, que el dominio de la lengua supone el poder sobre los demás; ahora bien, nos gustaría destacar la prudencia sabia, la templanza que ha de ofrecer el emisor, el cuidado extremo que ha de llevar en no sentir la tentación de erigirse por encima del otro. Escuchar: “¡qué bien habla!” seguro que anima a la presunción personal, a la superioridad hacia el próximo, pero conviene no alejarse de la realidad, aposentar el pie en el suelo, enraizarlo para abrazar con palabras al ajeno.

Hablar y escuchar, sin dificultades, con conocimiento, no dar pábulo a la ignorancia y sobre todo, aprender de las palabras difíciles y de las fáciles. El idioma no es complejo, lo hacemos complejo.